

¿Tiene sentido estudiar historia, hoy? (Algunas reflexiones acerca del estudio de la historia)

Héctor Grenni¹

Con estas reflexiones se quiere abrir un espacio para pensar acerca de la historia, hoy. Partiendo de las distintas concepciones acerca de la historia en la antigüedad clásica y discurriendo luego acerca de si la historia es una ciencia o un arte, se termina reflexionando sobre su significado último. Las consideraciones finales están dirigidas a los protagonistas de la historia: los hombres y mujeres de todos los tiempos.

I. INTRODUCCIÓN

Recuerdo que hace ya algunos años, cuando daba mis primeros pasos en la docencia, me había tocado iniciar un curso de Historia Nacional en Montevideo, Uruguay, en un Bachillerato Humanístico. Mis alumnos tenían unos diecisiete años. Al presentarme, el primer día de clases, y como notaran mi acento argentino, una alumna me preguntó: ‘Y vos, ¿vas a enseñar la historia de aquí, o la de allá?’. En medio de la sorpresa por la intempestividad de la pregunta, contesté: ‘Pero, cómo, ¿hay dos historias?’. Se planteaba aquí la cuestión de que el mismo hecho histórico puede ser leído desde distintos lugares. He reflexionado desde entonces mucho tiempo sobre el hecho de ¿‘quién tiene que escribir la historia’, los ‘de adentro’ o ‘los de afuera’? Y de allí surgen otras preguntas: ‘¿para qué tiene que escribirse?’, ‘¿quién tiene que leerla?’, ‘¿cómo debe escribirse?’, ‘¿qué debe escribirse?’, ¿es posible la objetividad en la narración histórica?, ¿es deseable la objetividad en la narración histórica?...

Sin duda, una cosa es escribir la Historia, y otra es ser protagonista de ella. Según la Escuela de los Anales, la historia, según suele ser escrita, es muy distinta de la historia según es vivida. El historiador suele consignar lo excepcional porque es interesante, porque es excepcional. Si narráramos la historia de todos los hombres y mujeres, tendríamos una historia muy aburrida, pero, quizá, más cerca de la verdad, si es que la verdad puede alcanzarse desde la Historia. Todos coincidimos, además, en que la Historia no es la narración de la sucesión de los hombres y mujeres que detentan el poder político. Entonces, ¿qué es la Historia? ¿Quiénes son los protagonistas de la Historia?, en el fondo, ¿para qué sirve?

Sin embargo, para leer la Historia hay que saber leerla, es necesario tener tiempo y fuerzas para hacerlo, un poco de silencio y tranquilidad: hay que tener las necesidades básicas satisfechas. Para ‘meterse’ en el pasado hay que tener solucionado el presente. Todo ello no siempre se encuentra en estos tiempos, donde los hombres y mujeres viven de prisa y estrechamente. Esta situación ha contribuido a que escribieran la historia un grupo de privilegiados. Por ello el reto que se plantea hoy a los historiadores es ver la Historia y escribir acerca de los hechos del pasado desde la estrechez del presente,

¹ Licenciado en historia latinoamericana, por la Universidad Nacional de Buenos Aires, Argentina, profesor de Antropología filosófica, en la Universidad Don Bosco (UDB).

hacer Historia desde las limitaciones, desde los que nunca han sido tomados en cuenta en las historias oficiales.

Desde hace muchos años ya, en nuestro país, los estudios acerca de la Historia son pocos: los historiadores son 'una especie en extinción'. En estos tiempos, sólo dos universidades en el país ofrecen la carrera de Licenciatura en Historia: la Universidad Nacional y la Universidad Tecnológica. Por otra parte, la reforma educativa ha dejado de lado, en los programas de enseñanza de la Educación General Básica, y de los distintos bachilleratos, disciplinas como Historia, Filosofía, Antropología y Ética. Y como la Historia 'es cosa del pasado', es 'cosa superada'. Sin embargo, pretendemos aquí reflexionar acerca de si la Historia tiene todavía cabida en el ámbito del pensamiento y de las ciencias, y si tiene aún algo que decir a los hombres y mujeres de este tiempo.

II. ANTECEDENTES

A. La Historia como 'maestra de la vida'.

En el siglo I a.C., Cicerón decía que la *historia es la maestra de la vida, porque enseña a vivir el presente, aprendiendo del pasado*. Este concepto pervivió por mucho tiempo y se propagó en los siglos, otorgándole a la Historia un cierto carácter de 'nobleza'. La Historia era considerada una ciencia noble: como una noble matrona que podía dirigir la casa, enseñando cómo son las cosas de la vida, o como una caja de Pandora, de donde podían sacarse nuevas enseñanzas cada vez. A ella se recurría cuando querían interpretarse situaciones nuevas, hechos cambiantes, o cada vez que se cambiaban los paradigmas culturales, obligando a buscar nuevas orientaciones, para poner las relaciones bajo otros parámetros.

Desde los tiempos de los primeros hombres y mujeres se recurrió a la transmisión de conocimientos entre los seres humanos, obligados por el hecho mismo de la convivencia en grupos. El lenguaje, el habla humana, se constituyó en un elemento indispensable en la relación entre los seres humanos. Así, la transmisión de 'los hechos que han enseñado algo', en el decir de Leroi-Gurham, se convirtió en el primer relato histórico, y en un elemento indispensable en la relación entre las personas y en la transmisión de la cultura.

Los primeros hombres y mujeres dibujaron en las paredes de las cuevas las figuras de animales en escenas de caza. Los animales aparecían con flechas o lanzas clavadas en su cuerpo, en vivas imágenes de colores intensos y bordes remarcados. Así, los cazadores de animales estaban seguros de que cuando se verifique la caza, ésta se iba a verificar como estaba ya plasmada en el dibujo. De esta manera, los primeros hombres y mujeres relataban a sus contemporáneos su forma de pensar y de vivir, y sin proponérselo, a los que vendrían después. Son los primeros signos de la Historia: los hombres y mujeres relataban acerca de sus hechos.

Más adelante, los signos escritos comenzaron a narrar los hechos con mayor precisión: la escritura 'nace' alrededor de 5.000 a.C., seguramente en las civilizaciones del Cercano Oriente. Cuando la expedición de Napoleón encontró una estela de piedra con escritura y jeroglíficos antiguos en griego, se pudo comenzar a conocer algo más acerca de qué

habían dejado escrito los egipcios para los que vendrían después de ellos. Son los primeros relatos de Historia.

Luego, desde el s. VII a.C., los griegos comenzaron a contar por escrito lo que había pasado, ordenándolo según el tiempo y el lugar donde había acaecido el hecho. Pero además, le dieron a sus relatos interpretaciones desde su mirada particular o ciudadana. Las interpretaciones de la Historia comenzaron a llenarse de subjetividad humana: al fin de cuentas, eran hombres y mujeres que narraban hechos protagonizados por hombres y mujeres.

En las *polis* griegas, el conocimiento de la Historia de la ciudad llegó a ser un elemento importante para conocer la cultura, para participar de la vida cívica y, en el fondo, para ser un verdadero ciudadano. Los funcionarios eran conocedores de la literatura, de las finanzas, de la producción económica y de la Historia de la ciudad. Se mostraban orgullosamente conocedores de los hechos del pasado que habían contribuido a la grandeza de la ciudad. El conocimiento de la Historia formaba parte de la *paideia* o proceso de educación e instrucción de los niños y jóvenes de las familias que constituían la aristocracia. La *areté*, el patrimonio cultural de la aristocracia, incluía el conocimiento del pasado de la ciudad, y hacía posible que participaran en su grandeza. Eran ciudadanos que tenían sus necesidades básicas satisfechas. Era una sociedad que, al menos para algunos, ofrecía la posibilidad de discutir las cosas de la ciudad, y la Historia era una de ellas. La democracia griega, que si bien no llegaba a todos, estaba abierta a la participación de un buen número de ciudadanos, tornaba la vida más humana, al posibilitar que los hombres se ocuparan de las cosas del pasado, que implicaban a todos.

Los romanos, herederos culturales de los griegos, participaron de esta forma de pensar, llevando esto a horizontes imperiales: todo el 'mundo del Mediterráneo' llegó a conocer y a verse influenciado por esta mentalidad. La ciudadanía romana era una meta a alcanzar para los habitantes del Imperio, y signo de privilegios. La Historia pasó a ser parte de un universo mayor: de los límites de la polis, alcanzó los límites del mundo enmarcado en el Mediterráneo. Los sucesos que se narraban ya no eran los sucesos ciudadanos, conocidos y narrados de generación en generación, sino más bien, sucesos de culturas lejanas, muchas veces desconocidos. Ello implicaba una concepción más amplia de la persona: 'hombre' y 'mujer' eran seres semejantes, dispersos por todo un ámbito que abarcaba culturas diversas, razas y geografías distintas, y distintas formas de relacionarse con la naturaleza, con los otros hombres, con las otras mujeres o con lo trascendente. El concepto de humanidad trascendió los límites que imponía una cultura determinada, una raza o una forma de encarar las relaciones sociales. La Historia podía alcanzar ahora los límites de la humanidad: el mundo.

Con el correr de los siglos, la individualidad de las personas fue quedando guarecida en el seno de las nacientes naciones. La voluntad y la religión del señor pasaron a ser la voluntad y la religión de todos. Los hechos individuales se perdieron en la colectividad medieval, y sólo sobresalieron los hechos de los señores que decidían por los otros. La Historia se fue trasladando de la comuna imperial romana a la nación absorbente, y la individualidad de los hombres y mujeres quedó absorbida por la omnipresencia del estado. Los hechos históricos servían sólo si servían para la grandeza del estado, y la Historia pasó a ser la historia de los grupos que detentaban el poder nacional.

Con el paso del tiempo, la Historia sirvió para justificar revoluciones y revueltas: toda vez que algún grupo se consideró con la suficiente autoridad como para interpretar los hechos del pasado, y juzgar acerca de sus interpretaciones, echó mano de la Historia para dar razón de la toma del poder, y de los nuevos modelos de relaciones sociales que se proponían desde éste. La Historia pasó a ser interpretada desde el poder político, y fue usada para explicar el surgimiento de regímenes provenientes de sectores privilegiados, originando interpretaciones mesiánicas y milenaristas de los hechos, proponiendo nuevos patrones culturales y nuevos modelos antropológicos.

Sirvió también para justificar regímenes de poder, situaciones de privilegio, expresiones de desigualdades, injusticias, guerras, fiestas y ritos. La herencia cultural se confundió con la Historia, y 'ciudadano' era quien conocía la Historia de la ciudad y vivía conforme a ella. 'Historia' fue sinónimo de 'cultura', y sólo pocas personas tenían acceso a ella.

Muchos buscaban en los hechos del pasado una luz para interpretar los del presente, usándolos a veces en interpretaciones subjetivas forzadas, y así la Historia quedó circunscripta en un reducido número de aquéllos que la conocían, y por ende, que sabían interpretarla, así como los augures en la Roma clásica interpretaban el vuelo de las aves o los hígados de los animales sacrificados. Se buscaron constantes que dieran sentido al devenir de los hechos. Especialmente en las disciplinas que estudiaron la evolución de los hechos económicos a través de los tiempos, las 'historias económicas', se determinaron ciclos que condicionaban la recurrencia periódica de crisis y progresos, de variabilidad de precios y mercados, de sequías e inundaciones. El auge y la declinación de sistemas económicos se explicaron por razones cíclicas, y así, la cultura y la Historia se volvieron ciclos que debían repetirse fatalmente y que estaban determinados por grupos de personas que conocían estos ciclos y los interpretaban desde sus espacios culturales.

En este caso, la Historia era la narración de los hechos 'notables', aquellos hechos que merecían, por su repercusión en la vida de las otras personas, ser tenidos como motores de la evolución histórica. Los hechos de los 'principales' fueron los únicos que merecían ser narrados, y así, la Historia fue la Historia de los que detentaban el poder.

B. ¿Es la Historia una ciencia?

Según Hegel, la Historia no enseña nada, porque nunca se repite. Su postura representó una clara superación de las concepciones cíclicas. Hacía alusión a que los hechos de los hombres y mujeres, que son el objeto del estudio de la Historia, nunca son comprobables científicamente por completo; esto, sumado al hecho que las personas pueden reaccionar en forma distinta frente a los mismos estímulos, tornaba a la disciplina histórica en algo difícilmente comprobable y, sobre todo, en una disciplina en la cual es muy difícil fijar parámetros precisos.

Algunos historiadores creyeron ver causales que condicionaban en forma absoluta, o casi absoluta, los hechos históricos. Para algunos de ellos, el azar, los grandes personajes y la herencia cultural, determinaban el carácter de un pueblo, lo que lo llevaba a realizar determinadas cosas y no otras, forjando así su carácter. Otros se cuestionaron acerca de si es posible llegar a certezas en la Historia, y si es posible, por lo tanto, llegar a la verdad por medio de la Historia.

La certeza de que los hechos que tenían por protagonistas a personas podían obedecer o no a leyes preconcebidas, ponía a los científicos en situación de no poder demostrar la veracidad de sus afirmaciones con los argumentos requeridos. Las afirmaciones de los historiadores no siempre podían ser fundamentadas con pruebas irrefutables. Se comenzó a dudar acerca de la científicidad de la disciplina histórica. Así, la Historia se tornaba incontrolable, para desesperación del ordenado positivismo del siglo. La Historia sería una ciencia sólo en la medida en que pudiera demostrar científicamente sus afirmaciones.

Paradójicamente, el siglo XIX es el 'siglo de la Historia', el siglo donde esta disciplina 'despierta' y adquiere las características de ciencia. El 'despertar' del mundo de las ciencias en este tiempo hizo posible el nacimiento de una corriente de pensamiento que quería fundar todo sobre bases científicamente demostrables. Paralelamente, el descubrimiento de restos arqueológicos, que permitían también fundamentar científicamente las ideas acerca de la evolución, en la cual estaba implicada la especie humana, prolongó inmensamente la 'duración' de la Historia: se trataba ahora de narrar los hechos de los hombres y mujeres de un período histórico que podía llegar a millones de años... La Historia 'despertaba' como ciencia, y se ponía a la par de las otras ciencias. Su universo, el universo de los hechos de los hombres y mujeres del pasado, pasaba a ser algo "aferrable", susceptible de ser sujeto a los cánones del siglo. Perdía su horizonte inmenso de la factibilidad humana, para ser aceptada en el grupo selecto de las ciencias demostrables. Se volvía algo mensurable, comparable, comprobable.

El mismo pensamiento positivista de la época, de acuerdo a su tiempo, hizo de la Historia una ciencia en extremo precisa: 'Historia' era sólo aquello científicamente comprobable. Así, los archivos y los escritos se transformaron en el soporte esencial de la Historia, y los hechos de los 'principales', otra vez, los principales protagonistas de la Historia. Sólo era Historia aquello que figuraba en algún archivo, y sólo los hechos de las personas 'importantes' eran dignos de figurar en ellos.

Nuevamente, la Historia era la historia de los que detentaban el poder: los vencedores de las guerras, los detentadores de situaciones de privilegio, los que podían demostrar capacidad de acceso al consumo en mayor medida que las mayorías. Sólo lo que se salía de lo común, los hechos extraordinarios, eran dignos de figurar en los libros de Historia. Por lo tanto, la Historia se fue llenando de cosas extraordinarias que se apartaban de la vida cotidiana. Se fueron creando estereotipos heroicos y de grandes hazañas protagonizadas por grandes personajes que habían nacido para ello. Figuraban en los libros solamente los que habían nacido para ello.

Los hombres y mujeres que merecían ser protagonistas de la Historia adquirían la categoría de personas que estaban por sobre los demás: sus hechos y acciones eran 'públicos', no sólo porque podían ser conocidos por los otros, sino porque debían serlo. Nacían como con un halo de predestinación que los habilitaba para ser protagonistas - ¡los únicos!- de la Historia.

De estos tiempos es, precisamente, la discusión acerca de si la Historia es 'una ciencia' o más bien 'un arte'. No obstante el pensamiento elitista de la época, existía la conciencia de que hay hechos humanos que no pueden ser comprobados por fuentes directas, pero que son indudablemente históricos, en cuanto que son hechos humanos.

La idea de que la Historia podía abarcar un horizonte que trascendiera los estrechos límites de las ciencias comprobables, abrió inmensamente el estrecho horizonte en que se pretendía sumir a la disciplina histórica. Algunos historiadores comenzaron a hablar del 'arte de hacer Historia'. La certeza de que el objeto del estudio de la Historia son los hechos de todos los hombres y mujeres del pasado, sacó a esta disciplina de la 'camisa de fuerza' en que estaba cayendo.

Dos elementos constitutivos de la Historia fueron ganando terreno como cuestiones afirmadas: el que no todos los hechos históricos son demostrables a cabalidad, y el que los hechos de todos los hombres y mujeres del pasado son susceptibles de formar parte de la disciplina. Se hizo evidente entonces que la Historia no se ajustaba a los rígidos cánones establecidos para las ciencias de ese tiempo y, por lo tanto, no podía medirse con las mismas categorías de análisis. En lugar de 'ciencia histórica', se prefería hablar de 'disciplina histórica'. Con frecuencia, el término 'arte' se aplicaba más fielmente a las concepciones históricas.

Pero entonces, a la par que la Historia abarcaba horizontes nunca antes alcanzados, adoptaba nuevas posturas ante las ciencias, especialmente ante aquellas que tenían a la persona humana como su objeto de estudio. Todo ello obligaba a considerar cada vez más la posibilidad de que la metodología de aproximación a los hechos históricos recibiera aportes desde otros lugares: los enfoques comenzaban a hacerse por primera vez interdisciplinarios. La Historia fue el campo donde comenzaban a realizarse los primeros diálogos entre las ciencias humanas.

III. ¿ PARA QUÉ SIRVE LA HISTORIA?

A. La Historia como narración.

La Historia sirve para trabajar como profesor de Historia, y enseñarla a los estudiantes; en algunos casos, porque forma parte de la currícula de la enseñanza formal; en otros, porque los estudiantes están interesados en conocerla. La Historia sirve para enseñar a otros los hechos del pasado, y estos estudiantes deberán, a su vez, enseñarla a otros. Este círculo, sin embargo, se convierte también en la transmisión sistemática de los hechos del pasado, con toda su carga de consecuencias: las generaciones pueden conocer acerca de su pasado, algo que creemos que es esencial para la supervivencia de toda cultura.

La falta transmisión de los hechos del pasado pone a los hechos del presente en una situación de orfandad: no se conoce su origen. Le falta al presente, por lo tanto, la perspectiva histórica. Es muy probable que, así como no se conoce la proveniencia, no se conozca tampoco el destino, el horizonte.

El trabajo de 'leer' los hechos del pasado, el trabajar en la Historia, implica una triple tarea: primeramente, el ser protagonista de los hechos, el generar los hechos que van a constituir la Historia. Luego, en un segundo momento, descubrir esos hechos, indagar en ellos, determinarlos, ponerlos en un contexto de tiempo y espacio necesarios para su lectura; por consiguiente, darlos a conocer. Luego, en un tercer momento, la lectura o 'escucha' de la narración de los hechos. Todos los pasos son necesarios para que la Historia exista como disciplina.

Entonces, hay diferencias entre un 'profesor de Historia' y un 'historiador': el profesor enseña la Historia a los otros, generalmente sus estudiantes; el historiador investiga los hechos y los escribe: escribe la Historia. El trabajo del historiador precede al del profesor, pero el de este último completa al del primero. Ambos se necesitan: el profesor no tiene nada que relatar si previamente el historiador no ha descubierto los hechos; pero el trabajo del historiador culmina en el del profesor: sin la comunicación del hecho histórico, el trabajo del historiador se quedaría en mera erudición. Luego, en un tercer momento, el alumno, o quien escucha, o quien lee los relatos de los hechos, completa la tarea para que tenga sentido.

Sabemos que, desde épocas remotas, los hombres y mujeres han comunicado conscientemente, de generación en generación, todo un acervo de experiencias, reglas, ritos, interpretaciones del presente. De esa manera, poner en común las experiencias individuales o grupales se transformó en un medio esencial para la supervivencia de la especie humana, especialmente en los primeros tiempos de las civilizaciones sedentarias.

Un hecho similar ocurre cuando los abuelos cuentan a los nietos las historias de la familia. Los nietos se van empapando de los hechos que los han precedido, que les permiten interpretar los del presente. Pero a veces los abuelos no tienen tiempo de contar historias porque tienen que salir a trabajar, o porque se mueren antes de haberlas contado; los nietos se quedan sin historias, se quedan sin Historia. De ese modo, a veces 'lo urgente no da lugar a lo importante'. La necesidad de atender a necesidades más urgentes, no permite a algunas culturas indagar en sus raíces, por eso se quedan sin perspectiva histórica; saben para dónde van, pero no saben de dónde vienen. La Historia sería, en ese caso, la tradición que va pasando de una generación a otra. Creemos que la historia sirve para ser contada.

B. La Historia como conocimiento.

El afán de conocer cosas nuevas, propias del ser humano, esta natural 'curiosidad' de los hombres y mujeres que no cesan de 'asombrarse' ante todo lo que sucede, trasciende el ámbito de lo natural, abarcando también el campo de los hechos humanos. Éstos se transforman, así, en un elemento esencial de la vida de las personas. La transmisión de los hallazgos de esta curiosidad es, entonces, un elemento importante en las relaciones humanas. La narración de los hechos del pasado se torna entonces en un elemento aglutinador de las sociedades. En la película de Jaime Uys "Y los dioses deben estar locos", la tribu de nómades del desierto de Kalahari se reúne todos los días a la caída del sol para contar 'historias': los ancianos son escuchados atentamente, y este momento es el espacio en el que se exterioriza la unidad del grupo. Salen a relucir anécdotas, relatos y reflexiones del día y del pasado, mezclados con interpretaciones, risas y comentarios. En el intercambio de los relatos se fortifica la unión del grupo. La narración de los hechos se convierte así en el lugar de encuentro de las generaciones; en el 'racconto' de las historias del grupo se encuentra el pasado con el presente.

La Historia sirve para investigar en archivos o documentos, descubriendo hechos nuevos, o logrando nuevas interpretaciones de hechos conocidos; pero de cualquier manera, hechos humanos que han influido en el devenir histórico de una sociedad. A

veces, el descubrimiento de un documento desconocido nos obliga a cambiar nuestro modo de pensar acerca de un determinado momento histórico. Por ejemplo, el descubrimiento de la partida de bautismo de Anastasio Aquino, que demostró que era efectivamente indio e hijo de padre y madre indios, obligó a dejar de lado la idea de que era un español ladino resentido, que buscaba remediar su situación personal.

Cuando se descubre un hecho nuevo o un elemento nuevo que obliga a encauzar la reflexión en un determinado sentido descartando otros, debe hacerse conocer por los interesados: debe ponerse en común lo que se ha conocido, para que también otros lo conozcan. Así, la Historia va generándose, poco a poco. Pero lo mismo sucede cuando se relatan hechos ya conocidos por otros: la puesta en común de los mismos permite conocer nuevos aspectos de lo ya conocido. Pero es la misma práctica de poner en común lo que permite que se agrande el horizonte. Así, se logran ampliaciones sobre contextos históricos conocidos, que pueden clarificar la visión global de contextos presentes relacionados de alguna manera con aquél: porque son resultante de aquéllos, o porque han sufrido su influencia directa. Situaciones nuevas salen a la luz, permitiéndonos ver facetas desconocidas de situaciones anteriores que han influido de alguna manera para que el presente sea como es. Creemos que la Historia sirve para ser conocida.

C. La Historia como saber erudito.

Con alguna frecuencia, solemos encontrarnos con personas que citan fechas, nombres y datos con facilidad pasmosa. Se las escucha interferir una conversación para aportar hechos que, si bien tienen que ver con lo que se platica, no hace a la esencia de la conversación. Otras veces, se citan datos estadísticos con una abundancia abrumadora. Esto es frecuente en los escritos de 'Historia Económica'. A veces, es tan grande la cita de datos numéricos, que resulta imposible aferrarlos, y más aún, comprobar su veracidad. El objeto de esta disciplina, así planteada, no es más la persona, sino el hecho económico: creemos que los hechos son cuantificables, pero las personas no lo son.

El hecho que la Historia sea una disciplina esencialmente humana implica que el objeto de estudio es la misma persona humana: los hombres y mujeres. Es característica de esta disciplina, lo que le da su esencia y le hace tener la categoría de ciencia o disciplina con sus propias categorías de análisis y metodología de investigación, tomar a la persona humana a través de los hechos del pasado que la han tenido por protagonista. Pero si bien el acercamiento a la persona se hace a través del hecho histórico, ello no tiene que hacer confundir el horizonte: el objeto de estudio es siempre la persona humana. La 'puerta' a través de la cual se logra la aproximación al objetivo es el hecho histórico, pero el objetivo siguen siendo los hombres y mujeres de todos los tiempos y de todos los lugares.

Asistimos a una manifestación de erudición no siempre necesaria, pero que enriquece el diálogo, tornándolo susceptible de variaciones y capaz de ahondar por lugares impensados. Se pueden aportar elementos nuevos que, si bien no hacen a la esencia del relato, completan su panorama. Creemos que la Historia sirve para adornar el presente.

D. La Historia como interpretación del presente.

Se suele escuchar, con frecuencia, en ámbitos políticos, que los pueblos que olvidan su historia están condenados a repetirla. Se da por sentado que el presente es superior al pasado y que 'todo tiempo pasado fue peor'. Sin duda, este pensamiento sirve para sostener las posiciones de aquéllos que 'están bien' en el presente, y disfrutan de privilegios. Aquellos que se niegan a revisar el pasado porque podría cuestionar situaciones presentes, sin ver que esta revisión podría también aportar elementos para una comprensión más amplia de las cosas comunes, definiendo espacios, aclarando proveniencias y ampliando el espectro de participación. Ello implica mirar el presente desde el mismo tiempo, desde el mismo presente. También pierden la perspectiva que puede darle a conocer el origen de las situaciones que marcan ese presente. El renunciar a considerar la proveniencia de los hechos del presente hace que se pierda la dimensión de profundidad que tienen. Esa dimensión podría vislumbrarse conociendo el pasado en el cual se generaron los hechos.

El cúmulo de situaciones que dan lugar a las relaciones humanas no carecen de perspectiva, desde el momento en que son el resultado de situaciones anteriores. Perderlas de vista implica absolutizar el presente, minimizando su dimensión. Se reduce la dimensión de los hechos, reduciendo así la dimensión de sus protagonistas, los hombres y mujeres.

El hecho de tomar en consideración el pasado permite, además, evitar que se repitan situaciones que ya antes han demostrado que no conducen al bien común, sino que más bien llevan a situaciones que implican un 'paso atrás' en la evolución de la convivencia social. Se puede llegar a perder de vista, así, la dimensión de la socialidad que lleva implícito todo acto humano. Creemos, por ello, que es necesario conocer el pasado para interpretar con claridad el presente. La Historia sirve para interpretar con claridad el presente.

La Historia, entonces, sirve para algo. En los casos anteriores, la razón de la utilidad de la Historia está fuera de ella misma: su utilidad la da algo extrínseco a ella misma. Su utilidad se justifica 'desde afuera' de la misma Historia. Pero, ¿hay algo en la Historia que justifique su existencia 'desde adentro' de ella misma? ¿Se justifica la existencia de la Historia porque hay algo esencial en ella que la haga de utilidad a las personas de este tiempo? O sea: ¿tiene sentido, hoy, la Historia?

IV. ¿QUÉ ES LA HISTORIA?

Llegados a este punto, creo que tenemos que acordar qué entendemos por Historia. Dejando de lado las odiosas definiciones de la Historia que ya se han dado en muchos libros de texto, y que -además de encerrarla en cajones estrechos que sólo han marcado límites y limitado los horizontes- le han hecho perder su poesía, la Historia es una ciencia inmensamente humana. Omitimos aquí la discusión acerca del concepto de ciencia, para adentrarnos en lo que nos parece esencial en este caso: en el hecho de que la Historia es 'inmensamente humana'.

Creemos que en la Historia pueden identificarse tres elementos esenciales, como objetivos de su análisis: qué pasó, cómo sucedió, y por qué sucedió. Es probable, si se aplica el método histórico en forma correcta, sin prejuicios o subjetivismos, determinar

cuáles hechos fueron los que sucedieron, y narrarlos con una cierta objetividad. Es posible, aunque no tenemos la certeza, que nos acerquemos al cómo sucedieron las cosas, determinando su contexto y posiblemente sus causas y sus consecuencias. Pero quizá es muy difícil aseverar el por qué sucedieron los hechos. Sin embargo, los tres elementos forman parte esencial de la Historia, y ésta no puede limitarse a la sola narración de los hechos: es necesario aventurarse en el cómo y en los por qué.

A. El hombre, la naturaleza y la Historia.

Una primera consideración podemos hacer aquí, poniendo a la naturaleza como punto de referencia. Creemos poder afirmar que la naturaleza, y los animales particularmente, no tienen historia. No hay pasado en ellos, como no hay futuro. Para ellos todo es presente. La muerte, por ejemplo, se presenta ante ellos como una circunstancia del presente inmediato, y las necesidades físicas, como algo que hay que satisfacer de inmediato. No hay conciencia del pasado, sino como un cúmulo de experiencias. Por el contrario, las personas tienen ambiciones, recuerdos y aprendizajes; el pasado se presenta ante ellos como algo que los influye en el tiempo presente y los condiciona. La suma de experiencias colectivas humanas condiciona el presente de las sociedades, haciéndolas tomar un camino u otro, y dándoles la maravillosa oportunidad de elegir. La Historia de los pueblos tiene como resultado inmediato su presente: son lo que la sucesión de hechos del pasado ha provocado que sean.

La conciencia de la historicidad del ser humano ha ido creciendo con el tiempo. De hecho, desde los restos humanos más antiguos se tiene noticia ya de esta conciencia. La conciencia de que las personas viven en el tiempo ha acompañado siempre a los hombres y mujeres, y el afán de medirlo ha hecho que las distintas culturas creasen sus propios calendarios. Es significativo, al respecto, el respeto lindante con lo religioso con que los mayas del Antiguo Imperio consideraban el tiempo. Se puede decir que los mayas de este período cultural dejaron su cultura y emigraron hacia otras tierras, porque 'se les acabó el tiempo', y las personas se quedaban sin forma de medirlo; ante esto, sin saber cómo seguir viviendo sin tiempo, prefirieron emigrar y empezar de nuevo la Historia, en otros lugares. Otras culturas también estuvieron atados de la misma forma a su manera de medir el tiempo, que ellos mismos habían creado, y su Historia se contó por ciclos recurrentes que se sucedían en períodos previsibles.

La Historia ofrece un lugar privilegiado para otear el futuro; se puede vislumbrar, desde el presente, el futuro de los pueblos, si se tiene en cuenta el pasado, como el vigía de un barco, que subido al mástil, puede mirar hacia delante y anunciar el derrotero; pero le basta con girar la cabeza para mirar hacia atrás y saber el curso que ha llevado. Los animales no tienen esta perspectiva porque para ellos sólo existe el presente. Podemos concluir que el poseer Historia es una cualidad intrínsecamente humana.

Esta esencialidad humana puede vislumbrarse desde los inicios de la Historia. En la tradición de los pueblos antiguos, en los pueblos de la Mesopotamia del Cercano Oriente, por ejemplo, se pueden encontrar con frecuencia mitos y leyendas acerca de la inmortalidad: la idea de trascender en el tiempo, yendo más allá de los límites que éste impone, enriqueció la literatura, los mitos y la cultura de los pueblos antiguos. El pueblo sumerio conservó por mucho siglos la leyenda de un hombre que emprende un viaje a países lejanos para buscar el secreto de la inmortalidad, y cuando logra encontrarlo,

deambula por la Historia de los pueblos, permaneciendo siempre: las culturas pasan y este hombre sigue viviendo en la Historia. El reciente hallazgo de momias del pueblo inca, congelados a más de 6.000 metros de altura, sobre los Andes, revela la creencia de ese pueblo en la inmortalidad. Incluso en estos tiempos modernos, en algunos lugares que conservan fielmente la tradición quechua, se suele sacar a 'pasear' al difunto por los lugares que ha conocido en vida, en la fiesta del 'Aya markay quilla'. La creencia en una vida que trascienda a la muerte es algo característico de las personas humanas. Los animales, en cambio, no tienen conciencia de su propia finitud como tampoco de su trascendencia.

B. El hombre, los otros hombres y la Historia.

Es difícil, sin embargo, encontrarle un lugar 'útil' a la Historia en estos tiempos modernos, urbanos y eficientes. El mundo moderno ha entrado en conflicto con la Historia, arrasando con ella. Ya no es una carrera de asistencia masiva en las universidades, porque no tiene un resultado económico inmediato.

Sin embargo, la Historia parte de la esencia de la persona. Los hombres y mujeres nacen y mueren en un determinado lugar y en un determinado tiempo. Nadie nace 'en todas partes', ni vive 'en todos los tiempos', siempre. El tiempo es algo constitutivo de la persona. La Historia trata de personas: trata de hombres y mujeres que nacen y mueren, que ríen y lloran, que sufren, trabajan, juegan, caminan, aman, que tienen pasiones y que razonan, que crean su cultura y viven según sus propios paradigmas. La Historia trata sobre actores humanos; por ello resulta útil siempre que se trabaja con ellos. Trata sobre los afectados por la cultura: trata sobre los creadores de la cultura, y sobre las criaturas de esa misma cultura. Los hombres y mujeres, que crean sus propios estereotipos culturales, y luego viven condicionados por ellos, para después cambiarlos, lentamente o bruscamente, son los protagonistas de esta novela que se desarrolla en el tiempo: la Historia.

La Historia consiste en hombres y mujeres que escriben acerca de los hechos de otros hombres y mujeres: por lo tanto, la mirada sobre estos hechos será siempre subjetiva. Hay tantas 'Historias' cuantos hombres y mujeres hay en el mundo; todas ellas contienen gotas de verdad, y ninguna de ellas la agota. En el fondo, cada persona es potencialmente un historiador, desde el momento en que es protagonista de los hechos humanos y tiene la capacidad de narrarlos. Así, la Historia se transforma en un continuo diálogo entre personas que protagonizan hechos humanos y personas que los narran. Pero hay ahora un nuevo interlocutor: quien 'escucha' la narración, quien 'lee' lo que está escrito, que puede convertirse en juez sin que nadie le adjudique la tarea.

La tarea de jueces de la Historia es también algo inherente al 'lector' de la Historia. No se puede tomar contacto con los hechos sin emitir un juicio acerca de su bondad. Con frecuencia ese juicio es callado, no se da a conocer, pero por el sólo hecho de ser hombres o mujeres, llevan implícita esta tarea. Es algo esencialmente humano, poder dar un juicio acerca de los hechos de los otros hombres y mujeres. Esta tarea es necesaria, forma parte esencial del 'diálogo' que caracteriza a las personas. Este juicio sólo puede verificarse en el seno de la Historia.

La existencia de los hombres y mujeres no se concibe sin la presencia de otros hombres y mujeres que no sólo posibilitan sus relaciones, sino que hacen posible su existencia misma. No es posible, especialmente en nuestros tiempos, concebir una persona sola. Incluso los restos humanos más antiguos, -por ejemplo, y sin pretender decir que son los más antiguos, los restos arqueológicos de los Australopithecus- aparecen asociados a otros restos humanos. La relación con las otras personas es algo constitutivo del ser humano, para el fallecido pensador Jaime Barylko, la vida es relación, entendiendo el término 'relación' como situación humana dinámica. La Historia podría definirse, de esta manera, como 'la Historia de la relación entre las personas'. Para Marx, la Historia es la Historia de cómo los hombres se han relacionado entre sí para producir. Los hombres y mujeres, a lo largo de la Historia, siempre han ocupado uno de los dos lugares posibles de la producción: el de los explotados, o el de los explotadores.

Los hechos humanos, sin embargo, no son producto de la casualidad, ni de la ineluctabilidad de los condicionantes. Los cambios tienen su origen en la compleja trama de las relaciones humanas. Pero no estaría equivocado aseverar que los cambios operados en la estructura de la sociedad -las revoluciones, por ejemplo- no fueron sucesos casuales, ni provocados por la voluntad de pocas personas, sino el resultado de causas económicas profundas, especialmente en los modos de producción. Quizá las causas principales de los cambios sociales haya que buscarlas en los cambios en los modos de producción, o sea, en los cambios operados en las relaciones entre las personas en su tarea productiva. Los cambios del régimen social, de las ideas y de las instituciones políticas y jurídicas, obedecen a estos cambios previos. Así, 'la historia de la humanidad' no puede reducirse a una 'historia de las ideas', o a una 'historia de las instituciones políticas', aunque reconocemos que éstas últimas forman parte de aquélla, y que muy probablemente, en aquélla tengan su origen. La 'historia del desarrollo de la producción' y la 'historia de los modos de producción', bien pueden ponerse como origen de los cambios sociales, aunque reconocemos que asegurar que este pensamiento es absoluto sería parcializar la verdad.

Creemos que las relaciones humanas pueden dar lugar a un sinnúmero de 'historias', todas las cuales pueden acercarse a la Historia. Así, puede haber una 'Historia de las masas populares', una 'Historia de los trabajadores', una 'Historia de las formas de producción', etc. Pero creemos que es necesario hacer hincapié en que el objetivo de la Historia son las personas, como actores de hechos humanos, y no el hecho económico, por ejemplo.

Los cambios que se producen en las estructuras sociales, provocados por las relaciones entre las personas, repercuten en las mismas relaciones humanas que les dieron origen. O sea, la Historia puede considerarse como la historia de las relaciones de producción: entre explotadores y explotados, por ejemplo, pero siempre, es relación entre personas.

Hobbes sostenía que el hombre es un lobo para los otros hombres, y Sartre decía que la relación entre las personas coarta la libertad individual, tornando la vida un infierno, gracias a los otros. Pero, de cualquier manera, como 'infierno' o como algo constitutivo de la persona, las relaciones humanas constituyen la posibilidad de la vida social. Así, la Historia puede ser la Historia de las relaciones humanas.

Hay Historia porque hay personas que se relacionan entre sí, que crean cultura, que se adaptan a ella, que encaran la relación con la naturaleza de una forma determinada,

que crean leyes y expresiones culturales, que producen, trabajan, emigran, nacen y mueren... que van haciendo la Historia con su vida.

Pero, llegados a este punto, creemos que la evolución de los pueblos, cada vez más, depende del trabajo colectivo, y, cada vez menos, de los grandes líderes. Éstos ya no son tiempos de héroes ni de santos, sino tiempos del hombre y la mujer cotidianos, que cada día van construyendo con fatiga la convivencia social: la Historia es, cada vez más, la narración de la trabajosa y dura evolución de la convivencia social. La santidad y la heroicidad han pasado a formar parte de la vida cotidiana, es 'cosa de todos', y la Historia se ha bajado de su pedestal y ha pasado a formar parte de la cotidianeidad humana.

C. El hombre, lo trascendente y la Historia.

Pero no podemos dejar de lado un tercer elemento en la esencia humana: lo que trasciende a la persona. Los hombres y mujeres, a lo largo de la Historia, siempre han querido mirar 'más allá' de lo que alcanzaban a entender desde su cultura. En las primeras civilizaciones, la afirmación de la existencia de lo divino explicaba inundaciones, cosechas perdidas, batallas ganadas y triunfos, nacimiento de los hijos y del ganado, lluvias y amores... La divinidad se presentaba a veces como opuesta a las personas, como dioses opresores a los cuales rendir tributo para mantenerlos alejados y evitar así sus iras; otras veces se presentaba cercana, y a ella se podía recurrir para obtener beneficios, a veces a cambio de dones o incluso de sacrificios humanos.

Con el correr de los tiempos, las civilizaciones fueron adoptando creencias que satisfacían sus propios enigmas, en la medida en que éstas correspondían a sus estereotipos. Así, los dioses comenzaron a formar parte del sistema, justificando paradigmas y privilegios y ensayando explicaciones que hicieran posible su permanencia. Es significativo el cambio que experimentó el cristianismo después del año 312, cuando la conversión del emperador romano convirtió una religión perseguida en religión oficial. El nuevo sistema, ahora con nuevos elementos que lo justificasen, dio lugar a nuevas relaciones. El sistema feudal es hijo directo de este nuevo estado de las cosas.

Cuando Marx explicaba la tendencia humana a recurrir a lo trascendente como una necesidad de las sociedades incompletas que dilata el tiempo de la revolución social, y justificaba así el mote de 'opio de los pueblos' que definía su mirada sobre la religiosidad en la Historia, reconocía, sin embargo, que la recurrencia a lo trascendente es algo intrínsecamente humano. Los animales no tienen conciencia de ello, y esta aspiración propicia que los hombres y mujeres busquen, en lo que los trasciende como tales, respuestas que no alcanzan a satisfacer en su quehacer cotidiano. La tendencia a mirar más allá de lo que le deja su raciocinio, ha hecho que los hombres y mujeres aactuaran de una forma y no de otra.

Creemos que en el fondo de cada hombre y mujer hay implícita una inmensa sed de infinito, que nace precisamente de las limitaciones humanas. Esta recurrencia a lo que lo trasciende, al formar parte de la esencia humana, obliga a que el hecho religioso sea una parte importante de la Historia de los hombres y mujeres. Creemos que esta sed de infinito, que ha caracterizado a los protagonistas de la Historia desde sus comienzos, está más viva que nunca.

V. CONCLUSIONES.

Queremos concluir estas reflexiones -¡ya demasiado largas!- diciendo que, si los protagonistas de la Historia son los hombres y mujeres, quizá éstos son sus tiempos, más que nunca: el tiempo de los hombres y mujeres de hoy. El historiador ya no es solamente un 'lector de libros', o una 'rata de archivo' que se pasa horas enteras leyendo cosas viejas para descubrir hechos que estaban ocultos, que tienen que ver con pocos y que interesan cada vez a menos personas: interesan sólo a unos pocos entendidos y aburridos que se apasionan en el tema. Hoy, más que nunca, es un 'lector de la realidad': lee la realidad presente desde los hechos del pasado. Desde el privilegiado lugar de observación que significan los hechos del pasado, mira el presente, su gente, su cultura, sus relaciones, y lo da a conocer. Su campo ya no son sólo los archivos o las bibliotecas, sino que su horizonte son ahora los grupos culturales y microculturales, los grupos urbanos, los campesinos, los trabajadores de los puertos y de las fábricas, los migrantes, los vendedores de las calles, los niños y los ancianos... Tanto los individuos como los grupos son ahora objeto de su estudio. Los desclasados de la sociedad moderna son ahora los protagonistas de la Historia.

La Historia tiene ahora otro sentido, más amplio que aquél en el cual estuvo encerrada por siglos. Por mucho tiempo estuvo circunscripta a los estudios, los museos, las bibliotecas, los archivos o los claustros académicos. Ahora su lugar es la calle, las esquinas, los mercados, los cafetales, las oficinas, las escuelas, los buses... En cualquier lugar en que los hombres y mujeres se mueven y dejan su huella, es reclamada la presencia de la Historia, para dar fe de los hechos, interpretándolos desde su subjetiva humanidad. Ya no es la Historia limpia y perfecta, que da cuenta objetiva desde su pedestal sin mancha de los hechos del pasado que han marcado el progreso de la humanidad. Ahora aparece manchada del lodo de los hechos de los hombres y mujeres que se han enlodado en su paso por la Historia. Ya no se trata de un progreso indefinido e irremediable; ahora se trata de errores, de marchas y contramarchas, de logros inconclusos y fracasos, de dudas, de hechos grandes que son la suma de pequeñas cosas, de hombres y mujeres que son grandes en su pequeñez, que se benefician, sin embargo, de la inmensa grandeza de la humanidad.

El conocimiento de la Historia no es un trabajo de mera erudición o de círculos académicos altruistas o idealistas. Conocer la Historia implica conocer la realidad del presente. Porque se toma en serio el futuro es necesario tomar en serio el pasado, pues en él puede (y suele) haber un potencial que ilumina e inspira la historia y que, a veces, se hace imprescindible para afrontar el futuro. Si queremos afrontar la realidad del presente con seriedad, es necesario conocer los hechos del pasado.

Pero hay otro elemento que considerar: es acerca de los protagonistas de la Historia. Cuando Dalton escribe sus 'historias prohibidas', y cita a los emigrantes y a las prostitutas, lo hace para hacer ver que también ellos son protagonistas de la Historia. Podemos inducir que no hay nada que sea realmente humano, en lo cual los hombres y mujeres no estén implicados. Y todo lo que construyen las relaciones de las personas humanas entre sí, constituye parte esencial de su Historia. No hay 'hechos grandes' o 'hechos pequeños', y con ello, 'hechos que merezcan formar parte de la Historia', y hechos que no lo merezcan. Todo lo que es esencialmente humano forma parte de la

Historia. Podemos definir la Historia, entonces, como la Historia de la vida de los hombres y mujeres en el tiempo.

Quizá sea ésto, precisamente, lo que quería decirnos Dalton: el protagonismo de la Historia ya no está reservado a los 'principales' y a los detentadores del poder político o económico, sino que también el hombre común tiene algo que decir. Como en la escultura de G. Sagan 'Hora punta', o en el "Uno, ninguno, cien mil" de Pirandello, donde los hombres y mujeres se apiñan, sin rostro porque todos los rostros de la escultura son similares, y sin características de individualidad porque son todas similares en Pirandello, cada hombre o mujer de este tiempo está ensimismado, metido en sí mismo. Y sin embargo, los protagonistas de los hechos son esos hombres y mujeres, cada uno individualmente, y todos juntos.

Es esta persona común lo que la Historia tiene que rescatar hoy y elevarla a sus altares: su tarea es rescatar del anonimato a los hombres y mujeres que de verdad han sido sus protagonistas oscuros. Los grandes olvidados de los eruditos de la Historia, de los detentadores del poder político, de los que tomaban decisiones por los otros, de los que quedaban en los archivos y en las estatuas, los que han hecho la Historia, son ahora los protagonistas: porque sin duda una cosa es ser protagonistas de la Historia, y otra es escribir de ella. Es necesario que la Historia hurgue dentro de sí misma para encontrar aquello que por mucho tiempo estuvo guardado y lo saque a la luz.

Si la Historia es la narración de los hechos de los hombres y mujeres, bastará saber quiénes son éstos, para saber qué es la Historia. Y si, como afirma Moltmann, hombres son todos los que tienen rostro humano, la Historia debe narrar los hechos de todos ellos. Debe salir de su encierro elitista de antaño, donde tenía sus necesidades satisfechas porque no eran cuestionados sus paradigmas, para abarcar verdaderamente aquello que le da sentido a su existir: todos los hombres y todas las mujeres son su campo de trabajo, y sus hechos son los que le dan sentido a la Historia.

Creemos que ocuparse de los grandes olvidados de la Historia implica narrar el conjunto de hechos que ha dado lugar a las situaciones de marginación, alienando la persona humana en el sistema. Esta narración debe llevar a la revisión de los sistemas de distribución de la riqueza, debe iluminar acerca de las relaciones sociales, acerca del acceso a la cultura, acerca del trabajo y de las formas de producir, acerca de las formas de asociación y de emplear el tiempo libre, acerca de las migraciones, de las asociaciones urbanas y de las formas de relacionarse con la naturaleza, acerca de la música y el transporte, acerca del traslado de mercaderías y de personas, acerca de cómo los hombres y mujeres se deshacen de los desperdicios... El campo de la Historia es ahora inmensamente amplio.

La tarea que le está reservada a la Historia ahora la obliga a mirar hacia nuevos horizontes, con una renovada visión acerca de su metodología, con una nueva carga de apasionamiento, y con una nueva carga de relaciones con otras ciencias. En el inmenso campo de estudio de la persona humana, la mirada desde la perspectiva del pasado puede otorgarle a la Historia un campo de acción renovado. Es que la persona humana no puede abordarse sólo desde el estrecho horizonte de los hechos comprobables por pruebas directas; el horizonte humano trasciende los límites en que los mismos hombres y mujeres quieren encerrarla con demasiada frecuencia. Cada vez más se necesitan

metodologías capaces de abarcar los hechos con su contexto, con sus relaciones y con sus consecuencias.

Estas nuevas exigencias de la disciplina histórica han dado lugar a nuevas metodologías. El método histórico puro ya no basta para dar respuesta a los interrogantes que plantea el hecho humano. Y precisamente con el surgimiento, en los siglos XIX y XX, de una variada gama de ciencias que se acercan a la cuestión de la persona desde diversos ángulos, como la Antropología Filosófica, la Antropología Cultural, la Sociología, la Arqueología, la Psicología, etc., fue cada vez más evidente que afrontar la tarea de acercarse a la persona humana como objeto de estudio podía ofrecer elementos impensados: cada vez más se fue haciendo evidente que esta aproximación debe hacerse desde lugares diversos. Los enfoques multidisciplinarios comenzaron entonces a hacerse comunes y necesarios.

Es claro, además, que hoy, más que nunca, si bien son cada vez más oscuros los límites entre las diversas ciencias de la persona humana y la Historia, también los hechos de los hombres y mujeres necesitan un abordaje multidisciplinario. El historiador y el antropólogo se necesitan mutuamente. Los hechos de las personas son demasiado complejos para ser comprendidos desde un sólo lugar. Ya no basta el sólo método histórico para el abordaje de los hechos humanos, ni el sólo método de la Antropología. Se debe trabajar junto a la Sociología, a la Arqueología, a la Geografía, para comprender este complejo entramado de las relaciones humanas. En este contexto, la Historia puede ofrecer un lugar común, donde el diálogo entre las ciencias que estudian a los hombres y mujeres sea posible.

Es que si la Historia tiene sentido todavía, es porque todavía existen hombres y mujeres que viven.

Bibliografía

1. Leroi-Gurham, *La Prehistoria*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985. El original en francés es siempre un clásico en la materia.
2. Arnold Hauser, *Historia Social de la Literatura y el Arte*, 3ª edición, Guadarrama, Madrid, 1985, Tomo I. Esta novedosa interpretación de los hechos históricos ha tenido numerosos seguidores. Con todo, hay otras interpretaciones acerca de las pinturas rupestres del Paleolítico.
3. Werner Jaeger, *Paideia*. Los ideales de la cultura griega, Fondo de Cultura Económica, México, 1ª edición, 1957. Este texto se ha hecho clásico para la lectura, no sólo de la Historia de la educación, sino también de los hechos históricos en general, especialmente, para una 'Historia de la cultura griega'.
4. Al respecto, proponemos la lectura de la novela "*La fiesta del Chivo*", de Mario Vargas Llosa, como un ejemplo claro de lo que decimos. La novela tiene bases históricas. Asimismo, muchos grupos milenaristas, a lo largo de la Historia, desde Túpac Amaru en el Virreinato del Perú en el siglo XVIII, hasta los movimientos

Montoneros y Tupamaros en Argentina y Uruguay, respectivamente, en la década de 1970, por ejemplo, se presentaron como grupos predestinados para cumplir encargos históricos, instaurando regímenes que implicaran un cambio sustancial en las relaciones humanas y en la distribución de la riqueza económica. Esta restauración debía hacerse desde el poder político. Por ello, la acción tenía como primer objetivo la toma del poder, para implantar un 'nuevo orden' desde allí.

5. A. Sánchez Albornoz, *Comentarios acerca de la Historia de España*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1982. El autor cita al azar, a las circunstancias y las personalidades como condicionantes de los hechos históricos, haciendo hincapié en los rasgos colectivos de la personalidad.
6. Will y Ariel Durant, *Las lecciones de la Historia*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1969. Este texto consiste en una serie de ensayos sobre la Historia, que contienen en general los puntos de vista de la Escuela de los Anales.
7. Julio Domínguez Sosa, *Las tribus nonualcas y su caudillo Anastasio Aquino*, Ed. Universitaria Centroamericana, EDUCA, Centroamérica, 1984.
8. P. Ivanoff, *El tiempo de los mayas*, Ed. Abril, Buenos Aires, 1987. Este ensayo del autor contiene una novedosa interpretación acerca de la causa del derrumbe de la primera etapa de la cultura maya, la etapa localizada en general en el Petén, Guatemala, y en Honduras y la parte mexicana del río Usumacinta. No valdría, por lo tanto, para la cultura maya tardía de la península del Yucatán.
9. J. A. Blake y A. R. Green, *Dioses, demonios y símbolos de la antigua Mesopotamia*, Ed. UNAM, México, 1992.
10. M. Rostworsky, *Historia del Tahuantinsuyu*, Ed. Instituto de Estudios Peruanos, Perú, 1992, 4ª edición.
11. Jaime Barylko, *Aprendizaje de la libertad*, Ed. Sur, Buenos Aires, 1994.
12. F. V. Konstantinov, *El materialismo histórico*, Ed. Universitaria, San Salvador, 1984. Hay traducciones mejores en Ed. UNAM, México.
13. J. P. Sartre, *A puerta cerrada*, Ed. Roxsil, San Salvador, 1996. Hay numerosas ediciones en El Salvador.
14. H. Pirenne, *Historia económica y social de la Edad Media*, Fondo de Cultura Económica, México, 1979. Este clásico histórico es uno de los más fieles exponentes de la Escuela de los Anales.
15. Roque Dalton, *Las historias prohibidas del Pulgarcito*, UCA Editores, San Salvador, 1997. Este ensayo histórico no tradicional ha sido estudiado también desde la Antropología; puede catalogarse como un texto de la escuela de la 'Historia desde abajo'.
16. Jurgen Moltmann, *El hombre*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1986. Original en alemán.